

Historias de detectives

Adrià Turull Pérez

ADRIÀ TURULL PÉREZ

HISTORIAS DE  
DETECTIVES

A black silhouette of a person wearing a hat, possibly a detective, is shown against a vibrant green background. The person's right hand is raised to their forehead in a thoughtful or distressed gesture. The overall aesthetic is classic and mysterious.

## Capítulo 1

La víctima era una mujer blanca, diecisiete años, clase media. Había aparecido muerta en su propia habitación.

Fue su hermano mayor quien encontró el cuerpo y llamó a la policía. Por lo visto, los padres se habían divorciado hacía cinco años. Desde entonces, los dos hermanos vivían con su madre. Pero esta, la señora Philips, se había ausentado el fin de semana. Una convención de dentistas en Dallas.

Los muchachos montaron una fiesta aprovechando que estaban solos en casa, dejando la puerta abierta a docenas de perfectos desconocidos.

El detective Malloy examinaba el cadáver. Provisto de guantes de látex, apartó el cabello del rostro de la joven. Su expresión era de absoluto terror. Debía haber padecido un horror terrible justo antes de morir.

Aunque la causa de la muerte parecía clara: varias puñaladas en el abdomen la habían desangrado hasta morir. La sangre empapaba colchón, sábanas y el propio pijama de color amarillo descolorido.

La habían acuchillado con el pijama puesto. Esto le chocó a Malloy. Si aquella iba a ser la gran noche de sexo y drogas, el pijama estaba fuera de situación.

Amanda peló un pistacho y se lo llevó a la boca. Mientras masticaba, le daba vueltas al caso. Pocas situaciones escapaban al intelecto del detective Malloy. Amanda se rindió. De momento. Debía averiguar algún detalle más del caso para poder formular una primera hipótesis factible.

Malloy se incorporó y se ajustó el sombrero. Su rostro, con su mandíbula cuadrada y perfecta y recién afeitado, era tan transparente como los pozos de alquitrán.

Allí no tenía nada más que ver.

Salió de la habitación y saludó cortésmente a los policías que vigilaban el perímetro acordonado de la casa. Entró en su Mercury del cincuenta y encendió el motor con un giro de la llave. Luego puso rumbo a su oficina. Necesitaba hacer una llamada a un viejo soplón de los muelles y conseguir alguna pista que...

—¡Oh, Amanda! ¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero que comas en la cama? ¡Qué lo pones todo perdido! ¡Y pistachos, nada menos! Jovencita, ve a poner la mesa y lavarte las manos. Claro que ahora no comerás... ¿Cómo tengo que decirte que no piques antes de la hora de

comer?

—Pero mamá, idéjame por lo menos terminar la página...!

—Ve a poner la mesa, no te lo pienso repetir, jovencita.

Amanda infló los carrillos, a punto para replicar a su madre. Pero sabía cuándo era inútil enfrentarse a ella. Frunciendo el entrecejo, dejó el libro sobre la cama y salió de su habitación con los brazos cruzados.

Su madre recogió las cáscaras de pistacho que había sobre la colcha y recogió el libro que estaba leyendo su hija y lo colocó sobre la mesita. Entonces reparó en el título: Muerte en Atlantic City. En la portada se veía la silueta dibujada en tiza de un cuerpo eminentemente femenino y un apuesto detective de rostro cuadrado con el arma desenfundada.

Santo cielo, pensó la madre. Aquella no era una lectura apropiada para una niña de doce años.